

Tengo sed de amar distinta

Tengo sed de amar distinta.

Lo sé. Hay que vaciarse, hay que mudar la piel, recorrer para atrás nuestra historia, hasta el punto exacto de aquel inicio, aquel instante preciso cuando el sol-padre penetró violento mi ser de luna tierna y lo dejó sangrante, con una herida abierta, azorada, confusa, insegura, herida-fuente de donde brotó después la rabia, y el grito, y la fuerza.

No se es ya la misma después de algo así, créeme.

El calor que debió ser presencia grata, como de nido, de alondra, de playa, llegó vestido de angustia, de culpa, de carga.

Ahí, justo ahí, fue que se detuvo un tiempo. Tan solo uno. Recurrente. Artero. Amante posesivo, celoso, cobrador de su espacio. Amante que vuelve y me cerca, me mutila, me asedia. Cicatriz que se abre sin lograr romperme. Disonancia en mi vida de acordes.

Por años, el miedo se plasmó en mis pupilas, en mi alma tersa. Sin saberlo, con la niña creció la cólera, callada, secreta. Aprendí a vivir con el estigma. Mi vientre fue una cueva de rabia. Mi corazón, pájaros en desbandada.

Ya mujer, la guerra no pudo postergarse. Me volví huracán. Floreció mi ira. Entré a la lucha sin escudo alguno. Obtuve triunfos. Gané batallas. Pero hay guerras más largas que otras, sombras más negras, fantasmas más fantasmas. Además, el dolor cansa. Es necesaria una tregua.

En eso ocurrió tu llegada, mujer-arcángel, mujer-montaña, mujer-agua. Veniste abierta de brazos, con tu espada de fuego, con tu ser volcánico, con tu fiera ternura, tu transparencia. Te posaste repentina, rotunda, radiante. Tocaste mi sexo. Metiste tu dedo en la llaga de mi alma. Avivaste mis ganas. Tenías que haber sido tú, espejo mío, caro reflejo, con tu amor recíproco, con tu locura. Tú, irremediable, cercana. Tierra prometida anunciada en mis mapas.

De nuestro encuentro a esta parte, una tristeza honda me habita, un nudo permanente en esa entraña sabedora de saqueos y de pérdidas, un alarido que reclama el cambio, una voz donde no cabe el engaño, un cansancio prematuro que se mezcla con cierta fortaleza de guerrera.

Ya no es posible amar de la misma manera, con el corazón amarrado a la orilla, fingiendo cordura, en guerra abierta, fría y abierta. Es injusto. Patético. Inmoral. Repito: injusto.

Me recorre un espanto profundo de amarte equivocadamente, de ser expulsada una vez más del

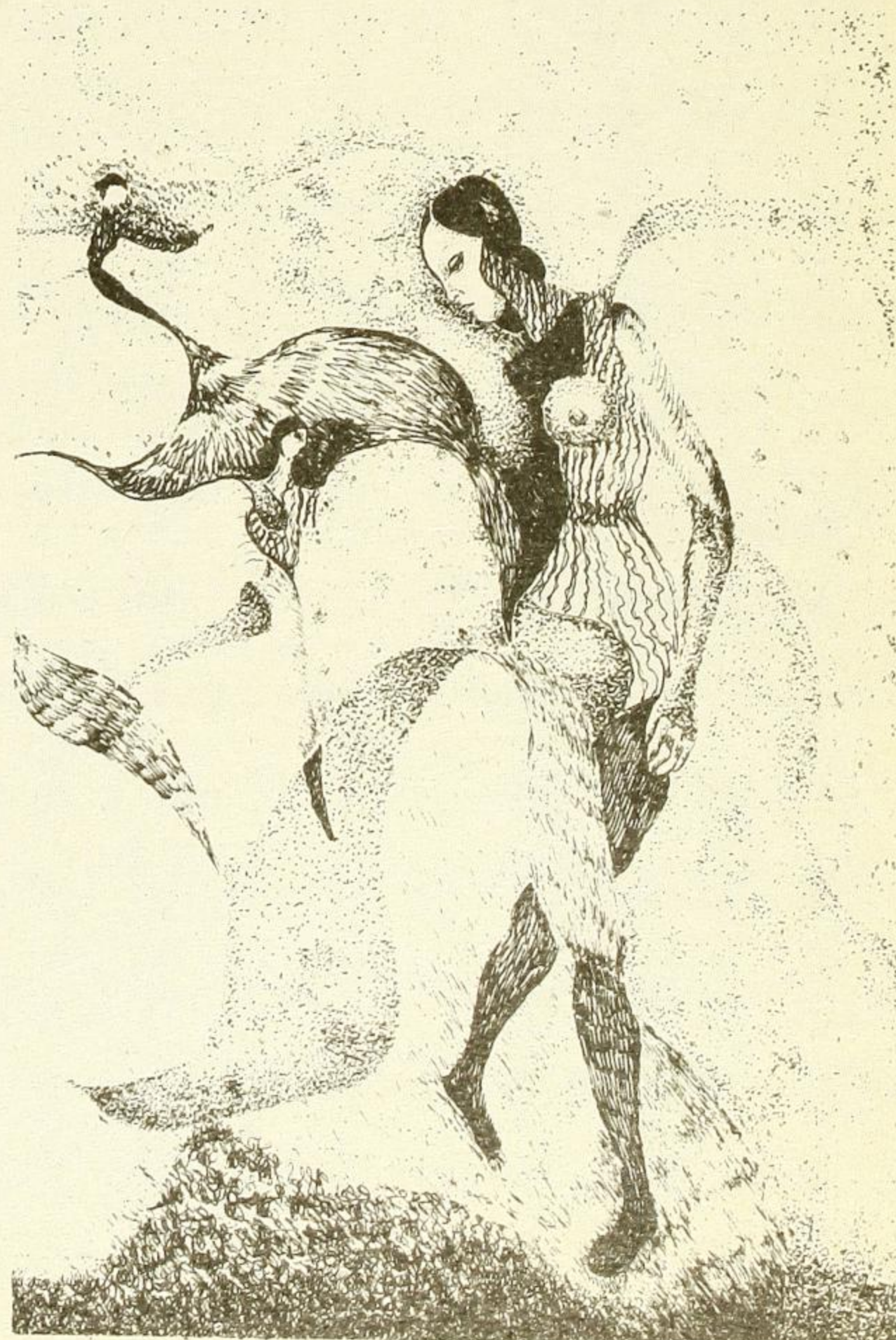
paraíso, de lastimar lo que no es amado. Lo propio y lo otro.

Porque hay algo muy fuerte en mí, casi físico, que se niega a amar con sus viejos disfraces, a lanzarse a un amor que de entrada conoce vencido, a soñarte. Contigo, las cosas cambian. Lo que nos ofrecemos trasciende la piel. No se ve. No se toca. Le pertenece al Cosmos.

La imagen de esta pasión me conmueve. Debe ser cuidada. Antes de buscarme en tu cuerpo debo buscarme en mi alma. Sin prisa porque lo tuyo y lo mío es un encuentro que espera. Tú ya me estabas destinada. Y yo a tí, lo mismo. Esto es incuestionable.

Mi destino es mío. Nace de mí. Se acabó la tregua. La rabia anda suelta de nuevo, como sombra sedienta por mi cuerpo, desbocada, poderosa, consciente de su fuerza. Para amarte primero hay que adentrarse en lo negro. Sumergirse en el grito. Arrancarse de cuajo la herida. Morirse. Y después, ser. Voy a atreverme, porque tengo ansias de darme toda nueva. Y si voy a amarte, voy a amarte otra, fresca, limpia, libre, contenta, plena. Como recién nacida. *Rm*

Rosamaría Roffiel



(Concepción Báez)